

DIVINIDADES EGIPCIAS EN ESTACIO

Santiago Montero Herrero

Es sobradamente conocida la postura crítica que mantuvieron los autores de la literatura latina —especialmente los del s. I d. C.— hacia los habitantes, las costumbres y, sobre todo, la religión del país egipcio¹.

Ciertamente, tampoco faltaron motivos: el asesinato de Pompeyo en Egipto, la guerra de Alejandría emprendida por César y la batalla de Actium, habían creado un clima tenso, de adversión hacia todo lo egipcio. Allí, en las arenas de Egipto, desaparecieron una buena parte de los efectivos militares romanos.

En este ambiente, los cultos alejandrinos, contrarios a la conciencia religiosa tradicional y relacionados en Roma con agitaciones populares, no fueron bien recibidos por los poetas, historiadores o filósofos del primer siglo del Imperio. Cicerón iniciará los primeros ataques dirigidos contra los cultos egipcios, y todos los autores anteriores a Estacio, como Virgilio, Lucano, Séneca o Propercio siguen siendo claramente hostiles. Sólo Ovidio y Tibulo, como advierte Malaise, «n'étaient pas restées insensibles a un certain appel de la religion alexandrine»².

Será, pues, en nuestra opinión, a partir de Estacio —que escribe en la mitad de la edad de plata de la literatura latina³— cuando se produzca un giro en la actitud de los escritores latinos

1 Cfr. M. Malaise, *Les conditions de penetration et de diffusion des cultes égyptiens en Italie*, Leiden, 1972, pp. 244-251.

2 M. Malaise, *op. cit.*, p. 249.

3 Mozley en Statius, *Silvae. Thebaid*. Col. Loeb, 1961, vol. I, p. IX.

hacia las creencias egipcias. Pero los dioses alejandrinos tendrán aún, sin embargo, que soportar las crueles invectivas de Tácito y Juvenal⁴.

De las numerosas alusiones de Estacio a Egipto, ninguna ocupa tantos versos en su obra como la del Nilo. El juicio del poeta latino sobre este gran río está lejos de acercarse al que mantendrá Plinio el Joven en su discurso ante el Senado pocos años después⁵.

Roma dependía durante la época de Domiciano —bajo la cual escribe Estacio— del trigo traído de Egipto⁶; tanto el pueblo romano como sus gobernantes sabían que la cosecha sería abundante en tanto la crecida del Nilo alcanzase la altura necesaria.

Así lo valora Estacio cuando habla de la riqueza de las aguas del Nilo⁷ o cuando, junto al oro que Iberia saca de sus minas y a las perlas que se recogen en el mar oriental, cita: *aestiferi quicquid terit area Nili*⁸.

Por ello, la sequía del Nilo es algo que preocupa hondamente a nuestro poeta, lo cual se manifiesta al comparar la sequía de Argos con la de Egipto cuando el Nilo no desborda⁹ o al escribir: *sic ubi se magnis refluxus suppressit in antris Nilus*¹⁰. Bonneau cree¹¹ que la imagen de los textos jeroglíficos que aluden al abrir y cerrar de las cavernas del río no fue desconocida para griegos y latinos.

La crecida, por el contrario, es explicada por Estacio como fruto de las lluvias y la fusión de las nieves:

qualis ubi aversi secretus pabula caeli
Nilus et Eoas magno bibit ore pruinas¹²

El Nilo, así, cargado de gran caudal, desemboca en el mar; el resultado del encuentro es narrado con bellísimos versos:

4 Tacit., *Ann.*, II, 85, 5; Juv., *Sat.*, VI, 526-534.

5 Plin., *Pan.*, 31.

6 Plin., *Pan.*, 31, 2: «Percrebuerat antiquitus urbem nostram nisi opibus Aegypti ali sustentarique non posse».

7 Estacio, *Theb.*, VIII, 359.

8 Estacio, *Silv.*, III, III, 91.

9 Estacio, *Theb.*, IV, 700 y ss.

10 Estacio, *Theb.*, IV, 705-706.

11 D. Bonneau, *La crue du Nil. Divinité égyptienne à travers mille ans d'histoire* (332 av.-641 ap. J.C.), París, 1964, p. 30.

12 Estacio, *Theb.*, VIII, 358-359.

... penitus cessere fugatae
Nereides dulcique timent occurrere ponto¹³

Otros fenómenos propios de la geografía nilótica merecen la atención del poeta, como, por ejemplo, el de sus misteriosas fuentes: *aut septemgemini caput haud penetrabile Nili*¹⁴. En ocasiones se refiere al clima del Nilo (*seu fecunda refert placidi clementia Nili*¹⁵) o a su fauna: la grulla, cuya migración observa Estacio en *Theb.*, V, 11; XII, 515, o la golondrina —el ave Cecrops en expresión perifrástica del poeta— que construye su nido en las inmediaciones del brazo canópico del Nilo¹⁶.

Pero con ser indudablemente valiosas sus referencias geográficas del Nilo (útiles para el estudio del estado de los conocimientos en su época¹⁷), y todas ellas de gran belleza poética —lo que prueba la tremenda atracción que el poeta siente por el Nilo y su entorno—, es el profundo carácter *divino* o *religioso* que el Nilo posee lo que Estacio, buen conocedor, ha sabido reflejar mejor. Alguno de los términos por él empleados son suficientes para demostrarlo. Al hablar del *Nilus sacer*¹⁸ en contraposición al *horridus Phasis*, resume el sentido *sacral* que tuvo siempre el río egipcio, transmitido ya por remotos testimonios¹⁹. Estacio conoció también el culto rendido al desbordamiento del Nilo, culto que en opinión de Bonnau debe ser anterior a la historia²⁰ y que aún se realizaba en época romana²¹. Esta acción suplicante al antiguo dios Hâpi se plasma en los versos de Estacio cuando dice que el Nilo es *rogado* para obtener la crecida:

... donec Phariis alimenta rogatus
donet agris magnumque inducat messibus annum²²

El Nilo como fuente de fertilidad es también referido por Es-

13 Estacio, *Theb.*, VIII, 361-362.

14 Estacio, *Silv.*, III, V, 21.

15 Estacio, *Theb.*, III, 527.

16 Estacio, *Silv.*, III, 2, 101.

17 H. Frère en Stace, *Les Silves*, ed. Les Belles Lettres, 1961, t. I, p. LIII.

18 Estacio, *Silv.*, I, VI, 77.

19 La himnica y literatura de exaltación sobrenatural del Nilo, persistió hasta muy entrada la baja Antigüedad.

20 Bonneau, *op. cit.*, p. 361.

21 Las *semasia*, a partir del s. II d. C. era la gran fiesta de la crecida.

22 Estacio, *Theb.*, IV, 709-710.

tacio con el término *pater*²³. Emplear dicho término —como lo hace, antes de Estacio, Tibulo— es tanto como considerar al Nilo un dios²⁴. Egipto *expectat hiulca* la llegada de las aguas de su padre, el Nilo.

Precisamente una pintura del gran río se encontraba en la stoa de Neápolis, ciudad natal del poeta²⁵. La imagen del Nilo, nos dice Bonneau, «trouvait tout naturellement sa place, puisque l'annone venant d'Alexandrie débarquait alors à Pouzzoles...»²⁶. En efecto, Puteoli, puerto de gran actividad y prosperidad bajo el gobierno de Domiciano, recibió durante el s. I d. C. las naves cargadas de trigo —con destino a la *annona*— que procedían de Alejandría. A ellas se refiere constantemente Estacio:

Sic, ubi magna novum Phario de litore puppis
Solvit iter, jamque innumeros utrinque rudentes
Lataque veliferi porrexit brachia mali
Invasitque vias, in eodem angusta phaselus
Aequore, et immensi partem sibi vindicat Austri²⁷.

Pero especialmente menciona la llegada del primero de estos navíos —tabellaria— que trae también los primeros granos del trigo egipcio:

Nec quarenda diu: modo nam trans aequora terris
Prima Dicarcheis Pharium gravis intulit annum²⁸

Estacio debió asistir con frecuencia a la recepción jubilosa en Puteoli de estas naves alejandrinas, pero no como Séneca, para vigilar la marcha de sus negocios²⁹, sino para sentirse en contacto con las gentes o el ambiente de un país que nunca pudo visitar, pero por el que se siente indudablemente atraído.

Sólo esta atracción por la civilización egipcia explica su deseo

²³ Estacio, *Theb.*, IV, 708.

²⁴ Bonneau, *op. cit.*, p. 330. El término *pater* es un epíteto del Nilo, propio del culto renaido a esta divinidad en el Bajo Egipto.

²⁵ Philostr., *Imag.*, I, 5.

²⁶ Bonneau, *op. cit.*, pp. 337-338.

²⁷ Estacio, *Silv.*, V, I, 242-245.

²⁸ Estacio, *Silv.*, III, II, 21-22.

²⁹ Sen., *Epist.*, 771. Cfr. R. Turcan, *Sénèque et les religions orientales*, Bruxeles, 1967, p. 41.

de elevar una masa a los manes de su padre que sobrepase las rocas de los Cíclopes y las *audacia saxa Pyramidum*³⁰.

Pero también los versos de la *Thebaida* o las *Silvas* esconden datos de indudable interés, no sólo para el estudio de las costumbres³¹ y la historia³² de su tiempo, sino asimismo para aspectos tan particulares como el de la propia religión romana³³.

Egipto, para Estacio, es además un gran país exportador³⁴. Además del grano para la *annona*, el país del Nilo manda sus fieras para el circo³⁵, los *vina Mareotica*³⁶ y sus esclavos, que desembarcados en Puteoli, eran conducidos, en su mayor parte, a Roma. Estos esclavos, jóvenes casi todos ellos, poseen para Estacio —como para Marcial³⁷— cualidades muy concretas que les hacen diferentes de los demás:

Non ego mercatus Pharia de plebe loquaces
Delicias, doctumve sui convicia Nili
Infantem, lingua nimium, salibusque protervum
Dilexi: ...³⁸

Este es el único sentido que Estacio presta a estos hombres; dicho con palabras de Malaise, «le sens de la repartie et l'habilité à debiter des plâsenteries apprises»³⁹, y no el que otros autores le han atribuido⁴⁰.

En la obra de Estacio hay, pues, dos Egiptos: el legendario (que se menciona, sobre todo en su *Thebaida*, con ocasión del relato de los siete contra Tebas) y el contemporáneo al poeta. Al primero se refiere, por ejemplo, cuando habla de los *Pharii polluta altaria*

30 Estacio, *Silv.*, V, III, 49-50.

31 H. Clouard en Stace, *Silves*, Classiques Garnier, p. IV dice que las *Silvas* son «un vrai miroir de l'époque».

32 H. Frère en Stace, *Les Silves*, ed. Les Belles Lettres, t. I, p. LIII.

33 Algunos temas de la religión romana en Estacio son tratados por Boyance, *Études sur la religion romaine*, Rome, 1972, pp. 352-358.

34 En *Silv.*, II, I, 73 nos habla de los *Pharii mercibus*.

35 Estacio, *Silv.*, II, V, 29.

36 Estacio, *Silv.*, III, II, 24. Es posible que de esta referencia podamos concluir que a fines del s. I d. C., la rica región de Meroe no sólo siguiere produciendo sus vinos, como en época faraónica y ptolemaica, sino también que los exportara.

37 Mart., 6, XXIX, 1; 10, LXXVI, 2.

38 Estacio, *Silv.*, V, V, 66-69. Cf. también *Silv.*, II, I, 72-75.

39 M. Malaise, *op. cit.*, p. 323.

40 Lambrechts en M. Malaise, *op. cit.*, p. 248, n. 7.

*regis*⁴¹ o del *Abydeni iuuenis*⁴² cuando nos describe los dominios de Belus, el mitológico rey padre de Danaus.

Egipto es citado por el poeta —además de *Aegyptus*— como *Pharos*; sus costas frecuentemente denominadas *Paraetoniis ripis*⁴³.

Pero de igual modo que cuando Estacio al hablar del Nilo es su carácter sacral o divino lo que presenta con mayor acierto, cuando describe el Egipto de su tiempo sus dioses son los que aparecen mejor definidos. Sólo a través de una información rigurosa⁴⁴ y —como veremos— de un contacto directo con este ambiente religioso se puede explicar tal precisión.

De estos dioses, Isis destaca pujantemente sobre los demás. A la diosa Isis, que desde época de Cicerón⁴⁵ había recibido los epítetos más crueles, dirigirá por primera vez una bellísima plegaria, donde por fin se adopta una definida postura de acercamiento y comprensión hacia esta divinidad extranjera. Los versos están incluidos en el *Propempticon Metio Celeri*: Metius Celer, de origen senatorial, es conocido sólo a través de Estacio. Fue *tribunus militum laticlavius* en Siria; allí tomará el mando de una legión, a propósito de lo cual Estacio le dirige el poema. Más tarde —en el año 101— llegará a ser *consul suffectus*⁴⁶.

Es a Isis misma a quien Estacio encomienda el viaje de partida de M. Celer. Los versos componen una plegaria que a nuestro juicio en nada desmerece ante la que escribirá Apuleyo en el libro XI de sus *Metamorfosis* años más tarde:

Isi, Phoroneis olim stabulata sub antris,
nunc regina Phari numenque orientis anhelis,
excipe multisono puppem Mareotida sistro
ac iuuenem egregium, Latius cui ductor Eoa
signa Palaestinasque dedit frenare cohortes,
ipsa manu placida per limina festa sacrosque
duc portus urbesque tuas. Te praeside noscat,
unde paludosi fecunda licentia Nili,

41 Estacio, *Silv.*, III, I, 31.

42 Estacio, *Silv.*, I, II, 87.

43 Estacio, *Theb.*, V, 12. Epítelo tomado de la ciudad de Baraetonium, sobre la costa libia, al oeste del delta.

44 Que el poeta pudo obtener, quizá, de su cómodo acceso a la biblioteca de la corte.

45 Cic., *Nat. deor.*, III, 15.

46 Mozley en Statius, col. Loeb., t. I, p. 155.

cur uada desidant et ripa coerceat undas
 Cecropio stagnata luto, cur inuida Memphis,
 curue Therapnei lasciuiat ora Canopi,
 cur seruet Pharias Lethaeus ianitor aras,
 uilia cur magnos aequent animalia diuos;
 quae sibi praesternat uiuax altaria Phoenix,
 quos dignetur agros aut quo se gurgite Nili
 mergat adoratus trepidis pastoribus Apis⁴⁷.

Estacio proclama a Isis *regina Phari*, diferenciada de Io⁴⁸, es decir, protectora de los navegantes y de la navegación⁴⁹. Es significativo, sobre todo, que el poeta pida a la diosa que una vez recibido en Egipto, introduzca a Metius Celer en sus *limina festa*, lo cual debe valorarse aún más por tratarse, como él, de un *iuuenis egregius*.

Cuando nuestro poeta ruega también a la diosa que Celer aprenda bajo su protección *unde paludosi fecundi licentia Nili...*, establece una estrecha relación entre Isis y la crecida del Nilo que ya debió establecerse en época faraónica⁵⁰, pero de la que sólo tenemos una alusión tardía en Pausanias⁵¹. Esta vinculación se manifestaría, sobre todo, en la crecida de las aguas provocada por las lágrimas de Isis, cuando ésta llora a Osiris. Las lamentaciones de la diosa, acompañadas por el sonido del sistro, son evocadas —en este ambiente de dolor relacionado también con la crecida del Nilo— por Estacio, quien —como advierte Bonneau— conocía que estas fiestas se celebraban en Coptos⁵². Además del citado pasaje, en el primer libro de la *Thebaida* escribe:

... melius votis Mareotica fumant
 Coptos et aerisoni lugentia flumina Nili⁵³.

La Isis descrita por Estacio tiene a nuestro juicio gran seme-

47 Estacio, *Silv.*, III, II, 101-116.

48 Así aparece también en las pinturas murales de Pompeya. Cfr. Tran Tam Tinh, *Le culte d'Isis a Pompéi*, París, 1964, p. 81.

49 Tal es el caso de M. Celer. La diosa toma este nuevo carácter sólo después de Alejandría, como diosa de dicho puerto. Cfr. Franz Cumont, *Les religions orientales dans le paganisme romain*, París, 1929, p. 75.

50 H. Frankfort, *Reyes y dioses*, Madrid 1976, p. 1976, p. 214.

51 Pausan., *De Phocis.*, X, 32, 18.

52 Bonneau, *op. cit.*, pp. 255-256.

53 Estacio, *Theb.*, I, 264-265.

janza con la representada en los frescos murales de Pompeya⁵⁴, es decir, una diosa alejandrina de rasgos helenísticos acusados, pero que anuncia ya los rasgos egíptianizantes que poseerá durante el s. II⁵⁵.

El afecto que el poeta latino siente por esta diosa ha sido mal interpretado. Unos piensan que pudo provenir alentado por su primer y —quizá— único maestro: su propio padre. Pero sus enseñanzas morales y religiosas se caracterizaron por su rigurosidad; él instruyó a sus pupilos —entre los que se encontraba su mismo hijo— «in augury and the various rites of the Roman state religion», como aclara Mozley⁵⁶. Estacio debe ciertamente a su padre «lo mejor de su cultura griega y latina»⁵⁷, pero no el importante lugar que los cultos orientales ocupan en su obra.

Se ha creado también la opinión de que los versos que escribe Estacio sobre la diosa Isis deben incluirse dentro de la «adulación» del poeta hacia el emperador Domiciano. Para Legras, por ejemplo, «l'erection d'un temple a Isis explique-t-elle les frecuentes allusions de Stace a cette déesse»⁵⁸. No podemos compartir tal afirmación de Legras; ciertamente, según sabemos por Suetonio⁵⁹, Domiciano escapó del Capitolio durante la guerra contra Vitelio, disfrazado de sacerdote de Isis, y quizá de este hecho provino una cierta veneración hacia esta diosa —como así lo cree Scott⁶⁰—, favoreciendo su culto y reconstruyendo el Iseum del Campo de Marte. Con ello, por otra parte, sólo continuaba la política religiosa de los primeros Flavios. Se rodeó también de personajes como Crispinus, originario de Canope o Menfis, que estableció en el orden ecuestre⁶¹ y mandó traer del valle del Nilo esfinges y obeliscos⁶².

Sin embargo, profundizando en el pensamiento religioso de Domiciano, nos veríamos en la necesidad de matizar esta primera impresión: Paul Petit dice que Domiciano es «sectateur d'une Mi-

54 Tran Tam Tinh., *op. cit.*, p. 77.

55 J. Bayet, *La religion romaine*, París, 1969, p. 217.

56 Mozley en Statius, col. Loeb., vol. I, p. VII.

57 H. Clouard en Stace, *Silves*, Classiques Garnier, p. 1.

58 L. Legras, *Etude sur la Thebaïde de Stace*, París, 1905, p. 245.

59 Suet., *Domit.*, 1, 2.

60 K. Scott, *The imperial cult under the Flavians*, Stuttgart, 1936, p. 92. Según este autor, Domiciano estaba *deeply indebted* a la diosa.

61 Juv., *Sat.*, I, 26-30.

62 Cumont, *op. cit.*, pp. 78-79.

nerva assez proche d'Isis»⁶³ y Mazzarino que era «adoratore de Minerva-Iside, già troppo preso da ideali ellenistici»⁶⁴. La imagen de la diosa Minerva aparece, en efecto, insistentemente en las monedas acuñadas bajo Domiciano⁶⁵.

La política religiosa de Domiciano, favorable a los cultos egipcios no explica los bellos versos de Estacio sobre el país y la religión de aquel país. Aún hay que advertir que en ningún momento se establece la más mínima conexión entre el emperador o su familia y los dioses egipcios en los poemas de Estacio. Ello es algo que pertenece a la intimidad del poeta, quien no sólo encomienda a Isis el viaje y la estancia en Egipto de un amigo como M. Celer, sino que aun comparará el dolor que siente su madre ante la muerte de su esposo con el de Isis y Cibeles por la ausencia de Osiris y Attis:

... certe seiungere matrem
iam gelidis nequeo butis; te sentit habetque,
te videt et tumulos ortuque obituque salutat,
ut Pharios aliae ficta pietate dolores
Mygdoniosque colunt et non sua funera plorant⁶⁶.

Los versos de Estacio han de relacionarse con las fiestas de noviembre que conmemoraban las desgracias y la resurrección, la *inventio* de Osiris. Al escribir el poeta *ficta pietate*, no lo hace —creemos nosotros— con sentido peyorativo; por lo menos estamos lejos del tono ironizante empleado por Séneca⁶⁷. Turcan explica a este respecto: «mais la force des techniques d'alienation et d'autosuggestion est telle que la fiction inspire des sentiments sinceres ou qui s'exteriorisent avec toutes les apparences de la verité»⁶⁸. Es a esta ficción —y los fieles de Osiris sabían que lo era— a la que se refiere Estacio.

Los versos que éste dirige a la diosa deben explicarse recordando la tierra y la época del poeta. En efecto, la bahía de Nápoles había recibido durante fines del s. II a. C. los cultos orientales

63 P. Petit, *Histoire générale de l'Empire romain*, París, 1974, t. I, p. 126.

64 S. Mazzarino, *L'Impero romano*, Roma, 1976, t. II, p. 290.

65 Mattingly, *The roman Imperial Coinage*, London, 1926, vol. III, p. 151.

66 Estacio, *Silv.*, V, III, 241-245.

67 *Cum perditio ejus inuentioque fingatur* (Sen., *De superst.*, 35). Cf. R. Turcan, *op. cit.*, p. 42.

68 R. Turcan, *op. cit.*, p. 42.

mucho antes de que fueran aceptados en Roma. Era aquélla una zona sumamente helenizada⁶⁹, de la cual destacó —con el declive de Delos— la floreciente Puteoli, que con el transcurso del tiempo llegaría a ser uno de los principales puertos del mediterráneo, abierto a todas las influencias. Estacio la definió magistralmente con el conocido verso *Dicarchei portus et litora mundi hospita*⁷⁰. Desde Puteoli, los cultos egipcios se propagaron rápidamente hacia Pompeya, Stabiae, Herculenum y Nápoles⁷¹.

Cuando transcurre la juventud del poeta Estacio en Nápoles, los cultos alejandrinos llevaban casi dos siglos de existencia en dicha ciudad; suplantada como centro comercial por Puteoli y por Capua en la industria, Neapolis se transformó en una tranquila villa donde las divinidades egipcias fueron tempranamente albergadas⁷². Hubo probablemente un templo a Isis, de antigua existencia⁷³, numerosas estatuas de esta diosa⁷⁴ y culto a otras divinidades egipcias como Anubis y Serapis⁷⁵. Neapolis, siempre con sus puertas abiertas, acogió un importante número de gentes alejandrinas, que formaban ya —en época neroniana— un barrio al sur de la ciudad, próximo al puerto⁷⁶.

En medio de este ambiente debemos imaginarnos la formación de nuestro autor. Estacio vive y se educa en una ciudad familiarizada con la presencia de los dioses alejandrinos, y rodeada de otras ciudades como Puteoli o Pompeya, donde el culto a Isis y Serapis gozaba aún de mayor popularidad. Todo ello tenía que reflejarse forzosamente en su obra poética.

Pero aún otras divinidades egipcias —además de Isis— aparecen citadas tanto en las *Silvae* como en la *Thebaida*. Una de ellas es el buey Apis. El culto a este animal sagrado es un hecho seguro en época romana⁷⁷. Ya lo hemos visto citado en la plegaria a Isis,

69 Tacit., *Ann.*, XV, 32, llama a la Nápoles de época neroniana *graeca urbs*.

70 Estacio, *Silv.*, III, 5, 75-76.

71 Tran Tam Tinh, *Le culte des divinités orientales en Campanie*, Leiden, 1972, p. 26.

72 Tran Tam Tinh, *Le culte des divinités...*, p. 27, dice que Neapolis fue «la primera conquista» de las divinidades alejandrinas.

73 Cfr. M. Napoli, *Napoli greco-romana*, Napoli, 1959, p. 156; Tran Tam Tinh, *Le culte des divinités...*, pp. 30 y 35.

74 Tran Tam Tinh, *Le culte des divinités...*, pp. 63-73.

75 En general, sobre la presencia del culto de Isis en Nápoles, cfr. M. Malaise, *Inventaire préliminaire des documents égyptiens découverts en Italie*, Leiden, 1972, pp. 261-263.

76 Suet., *Nero*, 20.

77 Sobre su difusión en Campania, cfr. Kater-Sibbes, *Apis. Monuments from outside Egypt*, Leiden, 1975, II, pp. 21-25, aunque indudablemente no alcanzara la misma aceptación y popularidad que gozaron Isis y Serapis en esta misma tierra.

cuando el poeta pide a la diosa que explique a Metius Celer: *quo se gurgite Nili mergat adoratus trepidis pastoribus Apis*. El verso tiene difícil explicación. Bonneau, uno de los escasos autores que han intentado darla, cree que se trata de una puesta en escena de la muerte ritual de Apis, lo cual, sin embargo, no vendría confirmado por ningún texto jeroglífico. Aun se pregunta el erudito francés si tendría «le character d'un sacrifice expiatoire dans le cas d'absence ou retard excessif de la crue»⁷⁸. Lo indudablemente cierto es la vinculación que tuvieron las ceremonias del culto de Apis con el culto de la crecida⁷⁹; es posible, quizás, que el tema de la anegación de Osiris⁸⁰ —de cuyo poder fertilizador emanaba la inundación del río— se representase durante las fiestas de la crecida, arrojando el buey Apis al Nilo, por ser éste considerado como *ba* de Osiris⁸¹.

Otro aspecto de este animal sagrado es también presentado por Estacio: su conocido oráculo. Sabemos por Plinio que Germanicus se presentó en el establo sagrado con el fin de consultar al buey Apis⁸² y, en general, durante época romana fue frecuentemente visitado⁸³. Estacio lo cita entre otros oráculos famosos⁸⁴ con las palabras *Niliacumque pecus*⁸⁵.

El culto que los egipcios dirigieron a los animales nunca supo comprenderse en Roma. Ya hemos visto que Estacio no puede por menos de preguntarse *vilia cur magnos aequent animalia Divos* —cuya respuesta pide a Isis—, pero este verso supone ya un esfuerzo «pour atteindre le sens de la religion égyptienne»⁸⁶, un paso adelante con respecto a autores anteriores a él —que no quisieron hacer una crítica religiosa objetiva— y, desde luego, una mayor sensibilidad que Juvenal cuando éste escribe:

78 Bonneau, *op. cit.*, p. 221.

79 Plin., *N. H.*, VIII, 184.

80 H. Frankfort, *op. cit.*, pp. 212-217.

81 H. Frankfort, *op. cit.*, pp. 88 y 168.

82 Plin., *N. H.*, VIII, 46.

83 Bouché-Leclercq, *Histoire de la Divination dans l'Antiquité*, Bruxelles, 1963, t. III, p. 394, le concede poca importancia cuando dice que el oráculo «atrajo alguna vez la atención de viajeros curiosos».

84 Con los de Zeus en Dodona, Apolo en Licia y Ammon en Libia.

85 Estacio, *Theb.*, III, 478. Sin embargo, en época romana, parece haberse perdido definitivamente el antiguo sentido: Apis ya no es el heraldo de Ptah, el representante terrenal del dios. Cfr. Frankfort, *op. cit.*, p. 189.

86 M. Malaise, *Les conditions...*, pp. 249-250.

Quis nescit... qualia demens
Aegyptos portenta colat?⁸⁷

En definitiva, su poesía —como advirtió Mozley— «reflects the sensitiveness of his character»⁸⁸. Se demuestra esto aún mejor cuando Estacio menciona al dios Anubis con el bello epíteto de *janitor Lethaeus*, superando aquel irónico *latrator Anubis* que usó Virgilio⁸⁹. Desde época faraónica se vinculó al dios Anubis guardando el acceso del más allá. Grenier, en su estudio sobre esta divinidad egipcia, recoge las fuentes epigráficas y papiros funerarios en los que Anubis aparece con esta función⁹⁰. Son también numerosos los sarcófagos y estelas cuya iconografía nos lo muestra encargado de las llaves de los infiernos⁹¹. Grenier, comentando los versos de Estacio, dice que «son information dénote une bonne connaissance de notre Anubis», del cual «savait semble-t-il, l'existence de son temple alexandrin de Canope»⁹².

Si bien poseemos pruebas de la presencia de Anubis en la Campania⁹³, es bastante dudoso que el culto arraigase en estas tierras. Incluso en Pompeya —donde Isis aparece con toda la gama de animales sagrados— no hay pruebas de que los adoradores isíacos veneraran también estos animales⁹⁴. La zoolatría era totalmente contraria a la conciencia religiosa y la mentalidad del pueblo romano. Todo ello hace valorar más la postura del poeta napolitano.

Resta aún una breve alusión de Estacio al dios masculino egipcio más antiguo: Osiris. Dos palabras bastan a Estacio para definirlo, no tanto con el carácter religioso conocido en Roma como el que tuvo anteriormente: ... *seu praestat Osirin frugiferum*⁹⁵. No será necesario explicarlas: tanto los ritos como los textos ponen en estrecha relación a Osiris con la vegetación. Este antiguo carácter de Osiris como genio de los cereales, espíritu de la vegetación,

87 Juv., *Sat.*, XV, 1-2.

88 Mozley en Statius, col. Loeb, vol. I, p. XIV.

89 Virg., *Aen.*, VIII, 697.

90 Sobre Anubis como portero de los infiernos, cfr. Grenier, *Anubis alexandrin et romain*, Leiden, 1977, pp. 16-17 y 34-37.

91 Grenier, *op. cit.*, p. 35 y lám. X.

92 Grenier, *op. cit.*, p. 64. Más tarde, Plutarco, *De Isid. et Osir.*, 14, dirá que Anubis fue destinado a guardar a los dioses, de la misma manera que los perros a los hombres.

93 Cfr. Dubois, *Pouzzoles*, París, 1907, p. 151.

94 Cfr. Tran Tam Tinh, *Le culte d'Isis...*, pp. 102-103.

95 Estacio, *Theb.*, I, 718.

ha sabido captarlo Estacio y expresarlo con sobriedad, pero, al tiempo, con gran precisión.

La obra de Estacio alcanzó en vida del poeta resonante popularidad. Sus poemas fueron leídos en los concursos públicos de los juegos napolitanos, en la corte de Roma y, sobre todo, en las escuelas⁹⁶. De esta forma, a través de las reiteradas citas a Isis, contribuyó a que los escolares se familiarizasen con los dioses alejandrinos como él lo estaba cuando comenzó a escribir sus primeros versos.

96 H. Marrou, *Historia de la educación en la antigüedad*, B. Aires, 1973, p. 340.